

# FATIMA, 1967

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

**C**iertos periodistas que iban a Fátima en el avión con el Papa —con esa libertad que da el profesionalismo de la pluma— le abrumaron con preguntas de las que suelen llamarse indiscretas. Querían que desmintiera —o confirmase— la idea que ciertas personas se han formado del viaje pontificio al suponerlo relacionado con algunos problemas políticos lusitanos. Pero el Papa advirtió que su oración era por el mundo entero.

Algunos —como el escritor católico Domenach— se han preguntado también si el simbolismo querido por Pablo VI para este peregrinar suyo será mal interpretado, porque Fátima es signo de toda cruzada anti-bolchevique y porque el integrismo católico tomó este nombre mariano en Francia como bandera de su postura anacrónicamente retrógrada.

Yo he leído en alguna revista francesa integrista —muy alabada por nuestros católicos conservadores— poner por encima de Juan XXIII y del Concilio, el dudoso mensaje de La Salette del siglo pasado y las apariciones de Fátima. Como si lo que es de simple aceptación humana —por piadoso que sea— pudiera compararse con el mensaje religioso de la Iglesia, que está basado en la Biblia. Domenach ha llegado a decir en *Le Monde* que «Fátima es una especie de Lourdes reaccionario».

¿Cuál ha sido, entonces —se preguntan muchos—, la intención de Pablo VI al ir a Fátima?

Tres intenciones podrían entresacarse de sus palabras y de su gesto: 1) pedir por la paz; 2) rogar por la unión entre los católicos; 3) realzar el valor de la fe sencilla y sin complicaciones del creyente verdaderamente evangélico.

**L**a paz le preocupa al Papa: no hay más que recordar sus inmemorables discursos pidiendo que termine la guerra en el Vietnam. Y la encíclica «*Populorum Progressio*» está dedicada a propugnar una paz justa y profunda, que consiga unas estructuras sociales que impidan la violencia de los descontentos y oprimidos. Incluso proponiendo soluciones prácticas, porque sin autoritarismos el Papa rompe el círculo del evasivismo de los problemas actuales en que viven muchos católicos —seculares o eclesiásticos—. No tiene miedo de comprometerse; prefiere dar un testimonio. Aunque sin afán de mando o de imposición; pero testimonio que demuestra el interés del Papa por sugerir caminos de solución, en los cuales los hombres debemos pensar para aplicarlos urgente y radicalmente.

Al ir a Fátima —lugar de oración y de paz— ha querido simbolizar este primer deseo insistente que le quema su conciencia.

El segundo cometido —lo dijo en su discurso anunciando el viaje— ha sido pretender pedir por la unión de los católicos. Esa unión que no debe ni puede ser uniformidad, ni afán de avasallamiento contra quien piensa abiertamente, sino unión en la comprensión y cordialidad. La uniformidad de pensamiento no es posible; pero sí «el mismo sentir, el mismo amor, unidos en el alma sintiendo una sola cosa» (S. Pablo a los de Filipos). El integrismo religioso ha querido lo contrario: unir a los hombres en sus conceptos rígidos, inhumanos, sin comprensión. Pero el cristiano no mira preferentemente la ortodoxia del concepto, sino a la del corazón, no se siente por eso a gusto con el que lleva la etiqueta de católico, sino entre los que proceden de buena fe, llenos de sinceridad y autenticidad.

Por último, el Pontífice ha tenido buen cuidado de medir bien sus palabras para alabar el cristianismo sincero, el del amor al pró-

jimo y el del amor a María. Pero no ha hablado de apariciones, ni tampoco se le ocurrió alabar ningún culto popular semisupersticioso. Ha querido ser el suyo un testimonio de sobriedad, en medio del «maravillosismo» que algunos buscan en estas demostraciones populares. Porque María fue una sencilla mujer israelí: fue el prototipo de lo humano popular. No es María una encarnación de lo divino, como algunos mariólogos querían casi hacer, aunque sea sin darse cuenta. Unamuno decía que con el tiempo María sería la tercera persona de la Santísima Trinidad hecha carne. Y parece que ciertas personas que deforman el sentido de lo religioso lo pretenden inconscientemente.

No, María es una mujer, y nada más: tiene que tener fe como todo sencillo cristiano y sólo por ello es alabada en el Evangelio. «Caminaba como nosotros con su fe a nuestro nivel, plenamente a nuestro alcance» (Dillenschneider, C. S. S. R.). ¿Es esto lo que ha querido recalcar el Papa? Yo creo que sí. Porque ésta hubiera sido una ocasión propicia para insistir en el triunfalismo milagroso, y no lo ha hecho; o en el contenido de misteriosas revelaciones secretas de las que altas autoridades eclesiásticas se han hecho eco, y nada de ello salió de sus labios ni de su pluma. Pablo VI ha extremado la sobriedad, y nada de este «maravillosismo» se trasluce en él.

**E**n 1917, tres pastorcillos de diez, nueve y siete años —Lucía y sus primos Francisco y Jacinta— creen ver a la Virgen por seis veces, del 13 de mayo al 13 de octubre. Y a pesar de la claridad con que hoy se presentan los hechos, los clérigos, el párroco y el obispo se muestran entonces escépticos; lo mismo que el pueblo de Fátima donde nació la hoy sor Lucía y sus primos fallidos pronto. Hasta 1922 —otro dato interesante— no se introdujo el proceso canónico de las apariciones; y sólo en 1930 el obispo declaró que las revelaciones eran «dignas de fe». Todos estos datos son muy dignos de tenerlos en cuenta, pues son los testimonios de las personas sensatas, dados en el momento de los fenómenos, y el hecho es que poco se impresionaron por ellos.

Entre las palabras que piensan haber oído a la Virgen se cuentan tres secretos, hoy desvelados dos de ellos: 1) el establecimiento de la devoción al Corazón de María; 2) el fin de la guerra europea y la consagración de Rusia a la Virgen; 3) un secreto que el Papa actual no ha querido que sea conocido; y que, probablemente, él no ha leído a pesar de tener el manuscrito de sor Lucía.

La presencia de la vidente en Cova de Iria no ha traído como consecuencia ninguna implicación entre el viaje y las apariciones; y para que nadie lo pensase, Pablo VI no ha querido recibirla en privado ni hablar con sor Lucía, a pesar del deseo expresado por ella. Este pequeño gesto está —a mi modo de ver— cargado de intención simbólica: no quiere el Papa que nadie mezcle la seriedad de lo religioso de un lugar de oración, a los secretos de que Lucía se ha hecho vehículo.

**L**a ignorancia de la gente religiosa es grande, y el desconocimiento de lo que enseña el catolicismo sobre estos fenómenos extraordinarios es mayor. Los santos los han tenido en muy poco: San Francisco de Sales creía que, mientras no se demostrase lo contrario, había que considerarlos como «simples sueños y desvaríos»; San Alfonso M.º de Liguorio afirmaba que «por lo general tales revelaciones son dudosas y se- **SIGUE**

# bañadores Meyba<sup>®</sup> para todos

submarinistas, esquiadores, yachtsmen, pescadores e incluso "Play-Boys" de verano



¿olvidamos a alguien?

## FATIMA, 1967

pechosas». Y el teólogo actual padre Roschini dice que «la aprobación de la autoridad eclesiástica, después de rigurosísimo examen, a algunas apariciones de Nuestra Señora... sólo intenta cerciorar a los fieles de la sustancia del hecho de la aparición, en el sentido de que no hay en él nada contrario a la fe y a las buenas costumbres». No entra ni sale en obligar a creerlas, ni siquiera con fe humana; porque desde luego no pueden ser creídas con fe divina. «Estas revelaciones, aun después de aprobadas, no gozan de ningún valor dogmático. No deja uno de ser católico, aunque no admita las revelaciones privadas» (J. Rosanas, S. J.). ¿Por qué? Porque «cuando la Iglesia aprueba una revelación, de ninguna manera se pronuncia sobre la realidad del hecho de la comunicación». ¿Qué es entonces lo que la Iglesia hace?: sólo «declarar que, en el escrito sometido a su juicio, no hay nada contrario a la Escritura o a la Tradición» (ídem). El catolicismo, que tanto ha fomentado por excesiva tolerancia en sus capas populares estas apariciones, se muestra radicalmente severo en su postura doctrinal: su actitud es neutral ante la decisión de aceptar o no aceptar la verdad de una revelación como la de Fátima.

Además podemos opinar, con Santo Tomás, que la Virgen no podía aparecerse a nosotros realmente, porque no puede estar en dos lugares al mismo tiempo —el cielo y la tierra—. Por tanto —se deduce de ello—, que cualquier aparición sólo puede ser una representación imaginativa.

O con los teólogos católicos cardenal Journet, Brennkmeier, S. J.; Otto Karrer, C. M.; Staehlin, S. J., y en parte los jesuitas profesores Dhanis y el P. Martindale, que opinan que existen contradicciones —incluso teológicas— en las palabras que creyeron escuchar los videntes de Fátima; o que el milagro del sol podía ser un caso de alucinación colectiva; y lo que es peor, que el gran pionero y propagandista de estas apariciones —el P. Fonseca, S. J.— cambió palabras, quitó frases y modificó textos, para que fuesen los mensajes más coherentes.

Lucía predijo el fin de la guerra europea para el día 13 de octubre de 1917, y terminó al año siguiente (Formigao: «As grandes maravilhas de Fátima»).

Al gritar, «¡mirad el sol!», un grupo de extranjeros que no entendían su idioma no vieron ningún prodigio solar. Sólo lo vieron los que sufrieron la influencia de la sugestión colectiva de sus palabras, comprendidas porque hablaba en portugués. Además se dice que los 70.000 asistentes afirmaron haber visto el milagro; pero, ¿cómo puede decirse esto, si no se hizo ninguna encuesta ni recuento alguno de testimonios? Cuando se afirma este testimonio de 70.000 personas, hacemos una falsa deducción a partir de los pocos que aseguraron haberlo visto, sacando la conclusión ilegítima de que todos lo vieron y sólo unos pocos no lo contemplaron. ¿Por qué no decir al revés, que casi ninguno vio el prodigio, porque sólo unos pocos de hecho dijeron verlo?

De los autores antes citados, sólo Martindale y Fonseca, y en parte Dhanis, aceptan el «milagro del sol». Los otros lo rechazan críticamente, al menos como dudoso su origen sobrenatural.

Aunque Unamuno dijo que «hasta la superstición misma puede ser más reveladora que la teología», esto no podía decirlo sino porque «si de dos hombres reza el uno al verdadero Dios con sinceridad personal, y el otro con toda su sincera pasión a un ídolo, es el primero el que en realidad ora a un ídolo, mientras que el segundo ora de verdad a Dios» (Kierkegaard).

El Papa no puede fomentar la superstición popular; pero sí ha querido llamar la atención sobre la autenticidad de la postura del ser humano, por defectuosa que sea la estructura de su actitud.

Y «de todas maneras, el cristiano, con tal de que guarde siempre el respeto debido a la autoridad que se ha pronunciado acerca de una revelación, tiene —generalmente hablando— el derecho de rehusar esta revelación» (L. Volken, «Las Revelaciones en la Iglesia»).

Para entender —por eso mismo— el simbolismo del viaje de Pablo VI no hay más remedio que recordar estas reflexiones críticas: sin ellas no entenderíamos nada. Porque sin duda, hay que confesar que el viaje a Jerusalén y a la India, e incluso el de la ONU en buena parte, estaban más claros para la gente que esta peregrinación, cuya intención de fondo he querido yo desvelar.

E. M. M.

el agua  
de colonia  
que usa  
el hombre  
y gusta  
a la  
mujer



Agua de colonia para hombres jóvenes fuertes, energicos, deportistas; amigos de la lealtad y sanos de espíritu...

EAU DE COLOGNE  
TONIC QUINA LOTION  
AFTER SHAVE CREAM  
AFTER SHAVE LOTION

ELECTRIC PRE-SHAVE  
LOTION

DEODORANT STIK

CREACION BRISEIS ESPAÑA

# A DO NIS

